

Nómadas, por Óscar Ariz Casas

Apuntes *subjetivos* sobre las consecuencias que el Embalse del Ebro causó en los pobladores de la zona afectada, trazados al hilo de una exposición de fotografías de Eugenio Martínez en La Casona (Reinosa), en marzo de 2004

1 – Las gentes abrieron caminos y prepararon la era para la romería. Encendieron el fuego de las herrerías y soplaron el vidrio. Escarbaron las galerías en la noche del carbón... Ocurrió antes del diluvio, en un tiempo mítico y germinal. Ocurrió antes de que las gentes debieran de salvar, apresuradamente, el arca con el paño de las familias.

Después lució el sol y las aguas no resistieron la franqueza. Se cobijaron en su poquedad y, entonces, surgió el secarral cuarteado como la restauración malograda de la memoria. Los bueyes ya no pudieron trazar el surco ni las gentes, reconocer la geografía de la niñez. Algunos ancianos ahogaron el llanto en el silencio del yermo.

2 – Hubo un tiempo mítico en que las gentes trazaron los caminos. Ocurrió antes del diluvio. Ahora no reconocen la geografía de la niñez.

3 – Desmembradas y reseca de añoranza, ya no cimbrean las ramas de la era germinal, cuando repicaban los campanos, cuando los besos correspondidos y la huída de algún amor furtivo... Yertas y al azar, quieren recordar.

4 – Las aguas pasan y el limo se lesiona y queda como si fuera el testimonio de la última protesta por la palabra incumplida. ¿Rebeldía gandhiana?

5 – Con la copa del primer amor todavía rebosante, prometieron encontrarse en los pueblos de la memoria. Erraron por los prados y los bosques, nómadas en su propio universo, en busca de las tierras de la repoblación. Clamaron al Dios que no les oía cada uno con sus familias, con sus ganados, con sus semillas. Llevaron el recuerdo de sus ancestros en los días del diluvio. Prometieron abrazarse en su pueblo de la memoria y, sobre el lecho del primer beso, ahora descansa el manto cuarteado del olvido.

6 – Tras mil años de lluvias, azotaron mil años de sol (más de 350.000 acometidas imperiosas que secaron los manantiales, abrieron la tierra, incendiaron las pilas de carbón, fundieron las planchas de vidrio, que abrasaron los prados). Hombres y mujeres y vástagos fueron los nómadas en busca de la sombra.

El ganado esperó el sacrificio en las aras de los cerros y los bramidos agónicos rasgaron la oquedad del valle. Sobre el limo, mil sombras rapaces y carroñeras planearon al acecho. Chasquidos y graznidos llegaron hasta los humedales, río abajo, y las gentes del vergel no pudieron dormir jamás. La pestilencia infectó las cosechas y los frutos.

Las alimañas hibernaron a mil metros bajo tierra y la canción del bardo resonó en la cueva, expandiéndose al alba por la cuenca requemada: "De esta tierra hermosa, dura y salvaje haremos un hogar y un paisaje..."

7 – Un niño fue a buscar la taca de sus juegos, olvidada por las prisas y el dolor y encontró un sapo que le miró y le hizo sentirse intruso en su propio corral.

Nuevos textos (9.05.04)

8 – Después de caminar por el yermo en busca de la sombra que diera aliento, jugo y sosiego a la existencia paranoica a que les abocaron, los desplazados creyeron vislumbrar el tótem en que reconocerse a través de los tiempos. Caminaron por las galerías de la memoria y dejaron hablar al sueño en noches de viento sur mientras el ganado, escuálido, bramaba por rumiar los pastos de la esperanza. Intentaron reconstruir los ilegibles libros consuetudinarios, al hilo de las conversaciones hasta el amanecer pero sólo encontraron el blanco del olvido en la glauca amnesia de las aguas. Acongojados, volvieron a reunirse para sentir la lluvia de su pálpito reseco y clamar por el significado perdido en el eslabón de las generaciones. Se acercaron a la orilla y descubrieron destellos como lacrimales solidificados.

9 – Reunieron al concejo y acordaron el recuento de las migraciones de sus antepasados. Querían encontrarse a sí mismos. Algunos mencionaron, en flujo inmemorial, su propia muerte al alivio del tejo en los campos de la Galia o en las arenas mediterráneas, preciadas por medir el tiempo con exactitud. Otros creyeron encontrar los signos ancestrales en la utopía germinal de aquel siglo en que acristalaron esperanzas y soplaron el vidrio, para ensamblar la nueva trama de la humanidad. Ahora, los nómadas tuvieron que aplacar el coraje de la historia en el pañuelo remendado, encoger los hombros sin límite hasta la insignificancia de la impotencia. Después de los siglos de la braveza y de los años de la energía adánica vieron cómo la luna, que acompaña la rebeldía del guerrero, y la crecida, que anuncia el parto del porvenir, fueron remansadas en el dique totalitario del positivismo. Concluyeron el concejo sin acabar de reconstruir el relato de la memoria en que mirarse: habían recibido la orden escrita con la tinta del rencor y presta a confiscar el fluir de la palabra.

ÓSCAR ARIZ CASAS